

Caracterización del Fascismo y especificidad del Nazismo.

Aníbal Romero

(2004)

1

El término “fascismo” se ha convertido en una palabra “camaleón”: útil para todo y empleada para lo que sea, sin rigor ni precisión. En el vocabulario político, el “fascismo” sirve para referirse a una ideología, a ciertos regímenes y movimientos políticos, a actitudes individuales y colectivas; en especial, el término es utilizado desde la izquierda para descalificar todo aquello que en determinadas circunstancias sea combatido y/o detestado por los revolucionarios que de un modo u otro se vinculan al marxismo y al socialismo. En medio de semejante caos conceptual, no resulta fácil crear un poco de orden, pero la tarea es imperativa si deseamos evitar excesivas confusiones, y dar a nuestro estudio del fenómeno una aceptable coherencia, admitiendo de entrada que es prácticamente imposible ofrecer una interpretación rígida y monovalente de un fenómeno complejo, en el que se entremezclan realidades históricas ya cumplidas y altamente polémicas, con herencias ideológicas e intereses políticos todavía vigentes.

Este “uso inflacionario”¹ del concepto tiene, además del desorden teórico, una consecuencia *banalizadora*, en cuanto que puede conducir a minimizar los rasgos verdaderamente crueles del ejercicio del poder bajo los regímenes fascistas históricos (Italia y Alemania en la primera parte del siglo XX), colocándoles al mismo nivel y dentro de igual rango que otros muchos movimientos y regímenes que apenas presentan una que otra característica semejante o análoga a los sistemas establecidos por Mussolini y Hitler. Este proceso banalizador, casi siempre impulsado por propósitos de controversia

¹ Karl Dietrich Bracher, “Consideraciones críticas sobre el concepto de fascismo”, en, **Controversias de historia contemporánea** (Barcelona: Editorial Alfa, 1983), p.

política y lucha ideológica en los más diversos escenarios, se acentúa por la reiterada tendencia de la izquierda internacional a repetir los planteamientos iniciales de los marxistas de los años veinte y treinta del pasado siglo, cuando por primera vez procuraron interpretar el fenómeno fascista mediante la llamada “teoría del agente”. De acuerdo con esta tesis, el fascismo no es más que el instrumento de la burguesía y de los capitalistas, un movimiento puesto al servicio del dinero en función de la preservación de un sistema explotador y opresivo. Desde entonces y hasta ahora, la izquierda utiliza el término “fascismo” y la teoría del “agente” o de la conspiración y la conjura de parte de fuerzas ocultas y siniestras, cada vez que quiere descalificar a sus adversarios llamados de derecha, aunque en ocasiones se trate de fuerzas democráticas y liberales. Al final, en esa oscura noche conceptual en la que todos los gatos son pardos, Mussolini y Hitler, Perón y Vargas, De Gaulle y Adenauer, Pinochet y George W. Bush terminan siendo “fascistas”.

Algunos autores han intentado definir el fascismo acumulando en su conceptualización elementos propios de los regímenes, movimientos, y aspectos ideológicos de los fascismos históricos, en busca de un manejo más preciso del término. Al respecto, Juan Linz nos dice que el fascismo es:

“...un movimiento ultranacionalista...anti-parlamentario, anti-liberal, anti-comunista, populista y por lo tanto anti-proletario, parcialmente anti-capitalista y anti-burgués, anticlerical...que procura la integración social nacional a través de un partido único y una representación corporativista no siempre enfatizadas por igual; con un estilo y una retórica propios, que confió en la organización de cuadros militantes para la acción violenta, combinada con la participación electoral, para conquistar el poder con fines totalitarios...”²

² Juan Linz, “Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological and Historical Perspective”, en, Walter Laqueur, ed., **Fascism. A Reader’s Guide** (Berkeley: University of California Press, 1976), pp. 12-13

Una definición de este tipo, que es más bien un listado, necesariamente incompleto, de rasgos atribuibles en mayor o menor medida a los fascismos históricos, no deja de ser útil, aunque sólo en parte esclarecedora, ya que varias de las peculiaridades señaladas son parte de otros regímenes, movimientos e ideologías a los que sólo forzando mucho las cosas pudiésemos calificar de fascistas.

Con miras a una mejor caracterización del fascismo, y para precisar más adecuadamente el uso del término con aceptable rigor teórico, interesa destacar lo señalado sobre los fascismos históricos, sus orígenes y rasgos distintivos, por Barrington Moore en su reconocida obra sobre dictadura y democracia. A su modo de ver, el fascismo “es inconcebible sin democracia o lo que se llama a veces, de una manera más plástica, entrada de las masas en la escena histórica”. El “anticapitalismo plebeyo” diferencia claramente al fascismo de regímenes conservadores y semiparlamentarios que le precedieron en la Europa del siglo XIX. Los movimientos fascistas, dice Moore, fueron el producto, por un lado, de la penetración del capitalismo en la economía rural, y por el otro de las tensiones que surgieron en la fase postcompetitiva (monopolista, AR) de la industria capitalista: “De allí que el fascismo se desarrollara al máximo en Alemania, donde el crecimiento industrial capitalista dentro del marco de una revolución conservadora desde arriba había sido mayor que en el resto de países comparables.”³ Estas apreciaciones de Moore implican, por una parte, que las condiciones socioeconómicas que dieron origen a los fascismos históricos son en buena medida irrepetibles (ya que el proceso de expansión capitalista *en esos espacios europeos* ha evolucionado y cambiado radicalmente), aunque circunstancias más o menos similares podrían tener lugar en otras partes del mundo. Con esto último, desde luego, no deseo sostener que

³ Barrington Moore, **Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia** (Barcelona: Ediciones Península, 1991), pp. 362-363

existe un vínculo determinista entre una cosa y la otra, entre ciertas dinámicas del capitalismo y el surgimiento del fascismo.

Por otra parte, las observaciones de Moore nos conducen a constatar que el “anticapitalismo plebeyo” puede patentizarse en múltiples manifestaciones, que no tienen por qué ser siempre consideradas fascistas. Cabe al respecto traer a la mente ciertas expresiones del populismo latinoamericano, hasta el día de hoy. Finalmente, es evidente que Moore piensa que hay diferentes gradaciones del fascismo, y que este último logró su más acabada expresión con el nacional-socialismo hitleriano. ¿Fueron entonces los regímenes de Francisco Franco en España y de Perón en Argentina, para sólo citar dos casos, fascismos menores o menos desarrollados? ¿Y lo fué también el de Mussolini con relación al nazismo?

2

El énfasis de Moore sobre el “anticapitalismo plebeyo” como uno de los rasgos distintivos del fascismo me parece particularmente relevante y esclarecedor, pues contribuye a destacar el carácter *revolucionario* del fenómeno en el contexto europeo de los años veinte y treinta del siglo pasado. Este carácter no-conformista y contestatario del fascismo y el nazismo, como fuerzas capaces de irrumpir contra el orden establecido y de competir eficazmente con el comunismo y la socialdemocracia en las preferencias de las masas —y en no pocos casos de los intelectuales— es un factor fundamental en el análisis del fenómeno. Es más, así fue como lo percibieron sus más influyentes promotores, Mussolini y Hitler: como el ariete de una revolución a la vez anti-marxista y anti-capitalista; más específicamente, se trataba de una revolución *anti-materialista*. En las palabras de Pellizzi, teórico fascista italiano y discípulo de Giovanni Gentile —en texto de 1922— el fascismo equivalía a “la negación práctica del materialismo histórico...del individualismo democrático, del racionalismo de la Ilustración...(y) la afirmación de los principios de tradición, de

jerarquía, de autoridad, de sacrificio individual...”⁴ El propio Mussolini —como co-autor junto a Gentile— se expresó de esa manera en un extenso artículo de 1932 publicado en la *Enciclopedia Italiana*, y redactado con el propósito de definir el movimiento. Lo que más llama la atención en ese texto es el esfuerzo dirigido a caracterizar el fascismo como “sistema espiritual”, como una concepción “ética” y “religiosa”. El mundo para el fascismo —sostienen— no es ese mundo materialista en el que los individuos llevan una existencia de placeres egoístas; al contrario, el fascismo “desprecia la vida ‘cómoda’”, así como el liberalismo, que coloca el Estado al servicio del individuo, en tanto que para el fascismo, “El Estado es la verdadera realidad del individuo”. Hablan los autores de un Estado que representa “la forma más pura de la democracia, una democracia “organizada, centralizada y autoritaria”, que otorga una “personalidad superior” al pueblo en función de su “unidad moral”, de una voluntad uniforme y en consecuencia de su “existencia efectiva”. En síntesis, El estado fascista es revolucionario...pues procura la solución de ciertos problemas universales generados en el plano político por el agotamiento de los partidos, los excesos del poder, la falta de responsabilidad de los parlamentarios...”⁵

Armado con estas concepciones, Mussolini llegó al poder preparado a convertir su movimiento en una alternativa real al comunismo y al liberalismo, dejando con vida las estructuras de propiedad capitalistas privadas, pero dentro de un marco en el que los principios corporativistas y el papel del Estado se acentuaron exponencialmente. Otro tanto hizo Hitler, cuyo empeño revolucionario convulsionó a Europa y el mundo.

Ahora bien, la dinámica revolucionaria de fascismo y nazismo tiene un carácter *ambigüo*, pues combina elementos modernizadores —por ejemplo, mediante su apego a la técnica avanzada— con aspiraciones reaccionarias de

⁴ Citado por Zeev Sternhell, **El nacimiento de la ideología fascista** (Madrid: Siglo XXI Editores, 1994), p. 351

⁵ G. Gentile, B. Mussolini, “La doctrine du fascisme”, en, Benito Mussolini, **Oeuvres et Discours** (Paris: Flammarion, 1935), t. IX, pp. 61-91

retorno a un pasado mítico —el nuevo imperio romano de Musolini o el paganismo de los dioses teutónicos en el Tercer Reich. Lo clave, no obstante, me parece la observación de François Fauret en el sentido de que fascismo y nazismo añadieron a la derecha europea el refuerzo de la idea revolucionaria, es decir, de “ruptura radical con la tradición” en el plano de lo político. Dicho en otros términos, “la novedad del fascismo en la Historia consistió en emancipar la derecha europea de los atolladeros inseparables de la idea contrarrevolucionaria. En efecto, aquélla no dejó de verse aferrada, en el siglo XIX, en la contradicción de tener que emplear medios revolucionarios para vencer, sin poder fijarse otro objetivo, sin embargo, sino la restauración de un pasado de donde el mal, no obstante, ha surgido. Nada semejante ocurre con el fascismo: ya no es definido por una *re-acción* (retorno hacia atrás) a una revolución. El mismo es la revolución.”⁶

De modo pues que ese fascismo auténtico o histórico, el italiano y alemán de Mussolini y Hitler, se caracterizó de una manera fundamental por su naturaleza revolucionaria, por constituir una respuesta radical ante la crisis europea posterior a la Primera Guerra Mundial, respuesta a su vez contraria a la opción marxista, al conservatismo tradicional de “derecha”, y a todas las versiones reformistas ubicadas en el contexto socialdemócrata o liberal. El uso inflacionario del concepto para ser aplicado a fenómenos en cierto sentido similares, debe entonces ser manejado con cuidado, no solamente para evitar distorsiones estimuladas por la polémica política, sino también para preservar en lo posible un empleo riguroso del término, que destaque la cualidad revolucionaria del fascismo. No fue el fascismo auténtico o histórico meramente un tipo de régimen nacionalista anti-democrático, como posteriormente lo fueron la España de Franco, el Portugal de Salazar, la Argentina de Perón y el Chile de Pinochet, por ejemplo; se trató ese fascismo original de un proyecto con innegable contenido radical, enfrentado a toda la herencia ilustrada de la

⁶ François Fauret y Ernst Nolte, **Fascismo y comunismo** (México: Fondo de Cultura Económica, 1999), pp. 99, 134-135

civilización occidental, al igualitarismo y la idea de Estado de Derecho, y poderosamente impulsado por una voluntad dominadora y un menosprecio por el legado humanista que no se ha visto después en Occidente.

Dicho todo esto, resulta sin embargo difícil evitar la ampliación del concepto, y en tal sentido lo esencial —en función de la claridad analítica— me parece distinguir entre el fascismo histórico y “auténtico”, por un lado, y por otro la constatación de que ciertos rasgos clave de esos movimientos son, por decirlo así, manifestaciones específicas de un género más extenso de fenómenos políticos signados por una ideología mítica y la teatralización de la lucha política, a lo que se suma, como ya señalé, la vocación dominadora.⁷ La dictadura unipersonal, el nacionalismo extremo, y la belicosidad interna y externa no son lo esencial del fascismo, y se repiten en otros tipos de régimen que difícilmente, a pesar de su autoritarismo, pueden asimilarse al fascismo y nazismo originales. Lo que fue propio de éstos, y, por lo demás, podría repetirse, aunque en condiciones relativamente distintas, incluye por encima de todo esa naturaleza revolucionaria y radical opuesta a todos los proyectos políticos derivados de la ilustración, al comunismo y la socialdemocracia, así como al liberalismo de raigambre anglo-sajona.

Ciertamente, no es fácil identificar otros regímenes plenamente similares al fascismo y nazismo auténticos, pues la ideología mítica de, por ejemplo, el comunismo, su voluntad dominadora y su estetización de la política no son suficientes para ubicarle en el mismo lugar que los movimientos fascistas originales, ya que no llena la crucial característica del rechazo global a los valores ilustrados. No obstante, considero que el fascismo y el nazismo son instancias de un género de fenómeno político más amplio, que en determinadas condiciones podría repetirse con iguales pretensiones, igual radicalismo, y similar fuerza que las experimentadas en su momento original. A pesar de la

⁷ Estos aspectos son discutidos en mi estudio “Fascismo y nazismo como ideologías míticas”, incluido en este libro.

actual aspiración de muchos con relación al presunto “fin de la historia”, en el sentido de que supuestamente la idea democrático-igualitaria se ha impuesto decisivamente en el plano *normativo* —aunque no todavía en la práctica en todas partes—, sería iluso prescindir de un sobrio escepticismo, y perder de vista aquello de lo que a veces es capaz de hacer el ser humano contra sus semejantes. Debo en ese orden de ideas admitir mi desconocimiento de las especificidades de la cultura islámica, y del fundamentalismo del que hoy somos testigos en esa esfera socio-cultural. ¿Podemos reconocer allí rasgos fascistas? De nuevo, e inflando el concepto, algunos lo han afirmado, pero de mi lado creo que la reacción anti-occidental que allí se constata tiene peculiaridades que la distinguen de la ferocidad anti-igualitaria del fascismo y el nazismo auténticos.

No comparto tampoco el respetable criterio de Bracher, según el cual, si quisiéramos aplicar en general el concepto de fascismo, los factores más importantes para distinguir entre sistemas y movimientos fascistas con respecto a las dictaduras conservadoras, militaristas o de derecha serían, en primer término, el principio autoritario del líder supremo, y en segundo lugar “el partido de masas tendencialmente totalitario y expresamente omnicompreensivo.”⁸ En realidad, estos rasgos se pueden encontrar en regímenes de izquierda y derecha por igual, y en tal caso tendríamos que calificar a Stalin, Mao y Castro de fascistas, pues establecieron dictaduras unipersonales con partidos de masas a su servicio y clara orientación totalitaria. Franco, Perón, Pinochet, Milosevic, y tantos otros, en mayor o menor grado, podrían ser denominados fascistas sólo en un sentido superficial, sin admisible rigor científico, ya que —insisto— el fascismo auténtico encarna un proyecto revolucionario de radical rechazo a la tradición humanista de Occidente, tradición a la que el comunismo —a pesar de su práctica al contrario— se apegaba ideológicamente, hasta el punto de declararse el verdadero heredero y ejecutor del proyecto de la Ilustración, de libertad, igualdad y predominio de la razón, en la realidad histórica concreta. Los dictadores de derecha al estilo de Franco, Salazar, Perón y Pinochet —entre

⁸ Bracher, p. 29

otros casos— han tendido más bien a autoproclamarse los defensores legítimos de los más auténticos valores y tradiciones de Occidente, casi siempre en contra del marxismo. Mas repito, estas versiones autoritarias de nacionalismo extremo, a veces muy conservadoras y reaccionarias en el plano ideológico, distan mucho de lo que en su tiempo fueron al fascismo, y en especial el nazismo, con su auto-percepción radical y revolucionaria. Confundirles es un serio error, al que con frecuencia sucumben los polemistas de izquierda, en su afán de contaminar a sus adversarios con la pésima reputación adquirida por el fascismo auténtico luego del fin de la Segunda Guerra Mundial.

3

Otro aspecto que es necesario aclarar tiene que ver con la distinción entre el fascismo histórico —el de Mussolini en Italia— y el *nazismo* hitleriano en Alemania. Hasta ahora, he usado a veces indistintamente el término “fascismo” para referirme a ambos sistemas y movimientos político-ideológicos; sin embargo, no debemos pasar por alto sus peculiaridades. Para algunos autores, “en modo alguno cabe identificar el fascismo con el nazismo.”⁹ Según Sternhell, si bien ambas ideologías, movimientos y regímenes tienen puntos en común, difieren no obstante en una cuestión clave: “la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo; y la guerra a los judíos, la guerra a las (llamadas, AR) razas inferiores, juega en él un papel mucho más preponderante que la guerra a los comunistas.”¹⁰ Sternhell apunta que las leyes raciales no se promulgaron en Italia sino en 1938 (Mussolini llegó al poder en 1922), y “durante los años de la contienda, un judío se sentirá mucho menos en peligro en Niza o en la Alta Saboya, territorios ocupados por las tropas italianas, que en Marsella, controlada por la policía de Vichy.”¹¹ Para Bracher,

⁹ Sternhell, p.4

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid., p. 5

también, el fenómeno nazi “fue único: la ideología racista, la pretensión global de dominio, la eficiencia dictatorial-tecnocrática, la racionalidad de la política de dominación y aniquilación...” le diferencian claramente, a su modo de ver, del presuntamente más ligero —el adjetivo es mío, en este caso— fascismo italiano.¹² De manera que, de acuerdo con Bracher, los dos rasgos diferenciadores principales entre fascismo y nazismo fueron, por una parte, el radicalismo racista del segundo, y por otra el carácter totalitario más completo y acabado del Estado y la sociedad nazis, en tanto que Mussolini tuvo que convivir con “los poderosos residuos de la monarquía, de la Iglesia y del ejército en una sociedad crítica frente al estado e individualista, que le permitieron fácticamente apenas más de un cuarto o medio totalitarismo.”¹³

De Felice asume igualmente esos dos criterios diferenciadores entre fascismo y nazismo, es decir, la radicalidad de la ideología racial y de dominación nazi, “que no fue jamás alcanzada...por otras ideologías fascistas”, y el “el diverso grado de totalización de la vida nacional alcanzado por ambos regímenes”; a estos dos aspectos De Felice añade un tercero: “el carácter diferente de ambos pueblos.”¹⁴ Aunque De Felice no llega a aseverarlo frontalmente, la severidad teutona no era asimilable por la superficialidad latina. Ahora bien, De Felice también da cuenta de la muy interesante interpretación de Augusto Del Noce, quien argumenta que el fascismo mussoliniano constituyó una “solución alternativa al leninismo”, mas no en el sentido de ser una respuesta a la crisis, *opuesta o radicalmente distinta* al leninismo, sino en cuanto que fue una “realización paralela” o proyecto revolucionario paralelo al leninismo

¹² Bracher, p. 31

¹³ K. D. Bracher, “El controvertido totalitarismo: Experiencia y actualidad”, en, **Controversias...**, p. 57. Saul Friedländer también enfatiza el papel central del antisemitismo en el nazismo, y enfatiza lo que a su modo de ver es la *singularidad* del nacionalsocialismo alemán. Véase su estudio, “Nazism: Fascism or Totalitarianism?”, en, Charles S. Maier, ed., **The Rise of the Nazi Regimen. Historical Reassessments** (Boulder: Westview Press, 1986), pp. 25-34

¹⁴ Renzo De Felice, **Les interpretations du fascisme** (Paris: Editions des Syrtes, 2000), p. 262

(no al stalinismo, AR), un proyecto alternativo “adaptado a un país de un nivel cultural superior a la Rusia” de Lenin.¹⁵ De acuerdo con Del Noce, en esta pretensión revolucionaria *izquierdista o en todo caso izquierdizante* se encuentra la verdadera diferencia entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán; el hecho de que el fascismo, en su opinión, haya fracasado como revolución no implica que este último deba ser considerado “un fenómeno reaccionario, ni justifica sostener que Mussolini se haya servido de la fraseología revolucionaria como un mero camuflaje o a manera de engaño.”¹⁶

Pienso que Del Noce está en lo correcto al señalar las aspiraciones revolucionarias de Mussolini y el fascismo, mas no en caracterizarlas como de algún modo asimilables al izquierdismo leninista, o en negar las de Hitler y el nazismo. Tal vez el problema se encuentra en el uso de la palabra “reaccionario” y el intento de Del Noce por eximir al fascismo de ese calificativo. Es posible que el marcado carácter racial, y las especialmente terribles ejecutorias del régimen nazi, hayan creado en ciertos círculos una imagen menos repudiable del fascismo italiano en comparación al régimen de Hitler. No obstante, no me parece que debamos poner en duda el radicalismo revolucionario de los nazis, que es a mi modo de ver una realidad incontrovertible. Continuar aceptando las simplificaciones marxistas sobre la “teoría del agente” o la conjura capitalista reaccionaria detrás de Hitler y los nazis, su presunto carácter de títeres o fantoches de fuerzas reaccionarias que presuntamente les manipulaban para servir sus intereses, me parece a estas alturas del conocimiento histórico muy poco serio. Las fuerzas conservadoras alemanas que jugaron a apoyar a los nazis contra el marxismo, con la idea de que iban después a controlarles y obligarles a cumplir sus propios designios y no los de Hitler, no tardaron

¹⁵ Citado en, *ibid.*, p. 125

¹⁶ *Ibid.*, p. 126

demasiado en entender su gigantesca equivocación, y pagaron con creces su arrogante impostura.¹⁷

No creo que deban minimizarse las posibles distinciones entre la ferocidad destructiva del nazismo y la versión mussoliniana del fascismo; no debemos tampoco, sin embargo, perder de vista sus muy importantes *afinidades* —en lo político, lo socioeconómico, y lo ideológico-cultural como visión del mundo—, pues ello sería igualmente desacertado. En tal sentido, Enzo Collotti apunta que el hecho de que el régimen mussoliniano no pasase de la etapa autoritaria hasta convertirse en un totalitarismo más completo y absoluto como el de Alemania nazi, no fue resultado de que los fascistas italianos *no lo quisieron*, sino el producto de un contexto social e institucional que dificultó extraordinariamente el proyecto fascista, e impuso compromisos en función de contradicciones internas generadas por la dinámica misma del poder fascista. Collotti critica, creo que con razón, la tendencia de De Felice a ver en el fascismo italiano una especie de proyecto revolucionario de izquierda, en tanto que el nazismo sería un totalitarismo conservador de derecha. Como bien señala Collotti, es difícil sostener tal interpretación, a menos que se desliguen las pretensiones izquierdizantes de las que en ocasiones hizo gala Mussolini del marco social en que en efecto actuaba, o de que se haga referencia al pasado socialista del líder fascista, un pasado que él dejó claramente atrás en su momento.¹⁸ Además de hacer explícitos los numerosos puntos de contacto entre ambas ideologías, movimientos y regímenes —fascista y nazi—, Collotti propone un “desplazamiento del eje del discurso”, que no tome el racismo como un elemento de diferenciación entre ambos regímenes sino que asuma el *imperialismo* como un factor unificador: “El nudo central de la discusión es el

¹⁷ Sobre este tema, la literatura es vasta y significativa. Consúltese, entre otros excelentes estudios, el libro de Karl Dietrich Bracher, **The German Dictatorship** (Harmondsworth: Penguin Books, 1973), pp. 159-358. También, Ian Kershaw, **The Nazi Dictatorship** (London: Edward Arnold, 1985), pp. 130-148

¹⁸ Véase la excelente biografía de Denis Mack Smith, **Mussolini** (London: Paladin Books, 1983), pp. 11-60

modelo de organización del Estado realizado por los dos regímenes, una concepción y una organización dirigidas hacia la expansión imperialista.” De paso, Collotti alerta sobre el peligro de atenuar las responsabilidades del fascismo italiano, y el intento de hacer del régimen mussoliniano algo más aceptable, ética y moralmente, en contraste con la brutal realidad nacionalsocialista; en tal sentido, el fascismo italiano sería el “fascismo bueno” o “inofensivo”. Al respecto, Collotti indica, en primer lugar, que el avance decidido hacia el totalitarismo por parte del fascismo mussoliniano se ejecuta al comienzo de los años treinta, es decir, independientemente de la influencia nazi; en segundo lugar, si bien es cierto que la liquidación de los judíos italianos se llevó a cabo a partir de la ocupación alemana, en septiembre de 1943, debe tomarse en cuenta que las vías hacia su deportación y la predisposición política a admitirla fueron preparadas por la campaña racista de 1938: sin la ayuda de los fascistas, y del censo que éstos levantaron con antelación a los eventos del 43 en adelante, la tarea de los alemanes habría sido mucho más difícil. Dicho todo esto, Collotti entiende que, en efecto, el fascismo italiano tuvo un carácter menos monolítico, como estructura de dominación política, que el Estado nazi, sin que ello, no obstante, permita separarles de un modo radical.¹⁹

De todo lo expuesto deseo resaltar varias conclusiones principales, útiles para la mejor comprensión de los estudios que siguen a continuación:

-Fascismo y nazismo fueron ideologías, movimientos y regímenes políticos situados históricamente en un tiempo y un espacio determinados: la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Su rasgo definitorio clave fue su carácter *revolucionario*, centrado en la reacción radical contra los valores ilustrados de la tradición occidental: igualitarismo, democracia parlamentaria, libertad individual, pluralismo y, en general, humanismo.

¹⁹ Enzo Collotti, “L’Etat totalitaire”, *Revue d’histoire de la Seconde Guerre mondiale*, vol. 38, # 143, 1986, pp. 19-40. Mack Smith señala que el racismo fue un rasgo crecientemente activo en la cosmovisión y propaganda fascistas en Italia *desde 1932*, ob. Cit., p. 165

-Si bien existieron diferencias entre el fascismo y el nazismo históricos o “auténticos”, sus afinidades y similitudes son aun más relevantes, y las mismas permiten —sin que ello constituya una distorsión fundamental— un uso indiferenciado de los términos con propósitos de exposición. No obstante, es necesario a veces distinguir entre ambos cuando se busca una mayor precisión, rigor conceptual, y esclarecimiento específico de aspectos singulares de cada régimen.

-En particular, debe resaltarse el hecho de que el régimen nazi fue un totalitarismo más completo, y su radicalismo destructivo, sobre todo en el plano del racismo, más intenso y definitivo que en el caso del fascismo italiano. En este libro, fascismo y nazismo serán términos empleados indistintamente, a menos que se haga explícita su diferenciación o el objetivo de cada estudio así lo exija.

-La tendencia a inflar o ampliar el uso del término fascismo es posiblemente inevitable y también peligrosa, ya que por lo común obedece a motivaciones polémicas de índole ideológica, en el intento —usualmente por parte de sectores de izquierda— de descalificar adversarios o anotarse puntos en controversias.

-Los regímenes llamados fascistas posteriores al fascismo y nazismo históricos o auténticos han carecido, sin excepción, del radicalismo revolucionario de sus predecesores originales. Ahora bien, el fascismo constituye una instancia particular de un fenómeno político más genérico, el de las ideologías míticas, que bien pudiese retornar a convulsionar la historia moderna, en planos y formas seguramente novedosos aunque igualmente desestabilizadores.

